

CAPITULO IX.

RAFAEL.
(CONTINUACION.)

La vieja criada recibió á Matilde con los brazos abiertos, lloró al saber la muerte de D. Rufo y el estado de su hija adoptiva, y le prometió asistirle con todo esmero guardando el mas profundo secreto.

Matilde se juzgó feliz olvidada de todos. La criada no queria que su niña gastara cosa alguna,

pero apenas podia ya trabajar. Era lavandera, y sus parroquianos le habian retirado el trabajo porque á su edad el desempeño no podia ser satisfactorio. El poco dinero que Matilde sacó sirvió para algunos dias, pero al fin se concluyó; entonces tuvo necesidad de enajenar algunas prendas, cosa fácil para la vieja, que tenia relaciones con un usurero vergonzante.

Un dia que iba á dejar la última, que era una pequeña cruz de oro, se encontró con Sabino.

Este no habia perdido de vista á Matilde, pero no se habia presentado á ella, temeroso de ofender su orgullo.

Poco trabajo le costó averiguar las penurias de su *amita*.

Propuso á la criada que dijese á Matilde que habia empeñado la cruz y que recibiese un peso de él diariamente para sostenerla, dando para ello cualquier pretexto, ocultando el nombre del benefactor. Así lo hizo la vieja, y como Matilde no tenia ya de qué echar mano, tuvo que resignarse á vivir á expensas de su sirviente: Matilde queria trabajar, pero lo avanzado de su embarazo se lo impedia.

En medio de la mayor pobreza dió á luz un hermoso niño. Este era Rafael. Los primeros vagidos fueron el bálsamo de consuelo para Matilde, que se consideró dichosa esperando que pronto podria trabajar para compensar sus sacrificios á la buena mujer que le habia recogido: pero ¡ay! que á los pocos dias del nacimiento de Rafael la pobre criada se vió atacada de una fiebre que la puso á la muerte.

Matilde hizo un esfuerzo y se levantó para salir á pedir un auxilio para su bienhechora, cuando esta se vió precisada á quedarse en la cama. La pobre vieja al ver esto le dijo:

— Señorita, mi enfermedad es muy grave y voy á morir, pero antes debo volver á Vd. esta cruz y declararle que no se debe considerar del todo abandonada, pues aun le queda en la tierra quien por Vd. se interese.

— Sí, dijo Matilde, José, José, que ignora mi paradero y que por eso no me ha buscado.

— Hay otro todavía, contestó la criada.

— ¿Quién? preguntó Matilde.

— ¡Sabino!

— ¿Sabino? exclamó Matilde asombrada.

— Sí, señorita, él es el que me ha proporcionado los recursos con que hemos vivido estos últimos días.

— Pues entonces, ¿cómo no se ha presentado?

— Temia que Vd. se negase á recibir de él alguna cosa.

Y en seguida le refirió su encuentro con Sabino, su delicadeza para auxiliarla y su resolución de ocultarse á los ojos de Matilde.

Esta no pudo menos de conmoverse profundamente al verse objeto de tan finas atenciones, y aseguró á la vieja criada su profundo agradecimiento y el olvido absoluto de la ofensa que le habia hecho Sabino.

Salía en busca del negro, cuando este, que estaba cuidadoso por la tardanza de la criada, se encaminaba á la casa. Al ver á Matilde, quiso esquivar su encuentro, pero esta la llamó y entraron á la casa.

Sabino, lleno de una respetuosa ternura, se echó á sus piés pidiéndole perdon por su conducta atrevida. Matilde lo levantó sin contestar mas que derramando abundantes lágrimas.

Desde ese instante Sabino volvió á ocupar cerca de su *amita* el lugar que antes, solo que hizo con ella además el oficio de un padre.

La criada sucumbió: Matilde creyó que debia escribir á su amante para recordarle sus promesas. No lo habia hecho, esperando que de un momento á otro vendria él á echarse en sus brazos para volverle, con su honor, la felicidad que habia perdido.

Llena de inquietud esperó ocho dias, y viendo que no venia la contestacion, atribuyó á extravío su falta. Repitió su carta pormenorizándole su estado, su indigencia y los sufrimientos que habia experimentado; pero la segunda carta, como la primera, no tuvo respuesta. Entonces se resolvió á ir á Méjico. Sin recursos no era posible tomar un asiento en la diligencia. Era preciso ir á pié. Cuando habló á Sabino de su proyecto, este procuró disuadirla; le propuso que esperase unos dias, mientras él reunia el dinero necesario para procurarle un asiento en la diligencia; pero Matilde, en su impaciencia, no pudo resolverse á esperar tanto tiempo.

Sabino redobló su trabajo, pero á pesar de esto

apenas logró reunir una cantidad con la que Matilde se pusiese en camino.

Ajustada su conduccion en unos carros, Sabino la acompañó sirviéndole con la misma adhesion que en otra época, ayudándola á subir y bajar del carro y á cargar á Rafael. Durante la noche la llevaba á un lugar separado, donde la hacia acostar, y arropándola con todas las cubiertas de que se habia provisto á la salida de Veracruz, mitigaba por cuantos medios estaban á su alcance la dureza de la suerte de Matilde, que derramaba lágrimas de reconocimiento por tantas finezas. Luego se acostaba él á una distancia respetuosa, dispuesto á saltar sobre el primero que se atreviera á insultarla. Su afecto semejaba al del alano que se echa á los piés de su dueño, dispuesto á acometer al primero que ose acercársele.

Con el fin de hacer economías, durante el camino Sabino ayudaba á los carreteros en los pasos difíciles, pues de este modo reducía su alimento á lo que ellos le participaban de sus comidas.

Llegaron al fin á Méjico, y Sabino alojó á Matilde en un meson mientras encontraba una vivienda cómoda y barata.

Con una actividad increíble investigó dónde paraba D. José, el seductor de Matilde. Esta pensó escribirle una carta pintándole su situacion y recordándole sus promesas; pero luego creyó que seria mejor llamarlo para tener una entrevista con él. En efecto, Sabino le llevó á la oficina en que estaba de escribiente una esquila que contenia estas palabras simplemente :

« Una persona desgraciada suplica á Vd. la vea hoy mismo en el meson de Balvanera, n.º 3. »

Don José, que siempre andaba en pos de nuevas aventuras y cuyo amor propio le presentaba todas las cosas bajo un aspecto halagüeño, creyó que era una nueva conquista lo que lo esperaba, y se preparó á ir inmediatamente que saliera de la oficina, pues estaba decidido en todo caso á cubrir las apariencias. Fiel á este sistema, dominó su impaciencia, y nadie hubiera adivinado su inquietud, á no ser porque sacaba su reloj mas á menudo que de costumbre.

Cuando la manecilla marcó las cuatro, se levantó con su calma habitual, pasó su pañuelo por su sombrero, sacudió sus botas con un plumero, dió la mano á un individuo que estaba en la mis-

ma pieza que él, y salió de la oficina inclinando la cabeza cortesmente á las otras personas que estaban en las piezas siguientes.

No fué al meson sino á su casa : en primer lugar por temor de que observasen que interrumpia su costumbre, y despues para consultar á su espejo. Repetimos que la intepretacion que dió á la esuela de Matilde le hacia esperar una nueva conquista.

Perfectamente acicalado se dirigió al meson de Balvanera. No se extrañe que su pulcritud se adunase con un sitio de exterior tan pobre. Guiado por sus instintos brutales, buscaba los laureles del amor igualmente en las mansiones del lujo que en las cloacas mas asquerosas; pero ante la sociedad sabia cubrirse con una máscara de delicadeza tal, que nadie lo hubiera creido capaz de visitar los inmundos lugares á donde con bastante frecuencia concurría.

Entró pues al meson, y subiendo la ruidosa escalera se encaminó al cuarto en que habitaba Matilde; esta habia procurado, confiada absolutamente en la fidelidad de su amante, estar preparada para recibirlo. Estaba pobremente vestida, pero sin embargo sus bellas facciones no perdian por

esto ninguno de sus encantos; por el contrario, resaltaba mas á causa de la palidez que habia velado su rostro como consecuencia natural de sus padecimientos.

Rafael, el simpático Rafael tambien estaba preparado para presentarse á los ojos de su padre con todos sus atractivos.

Matilde juzgaba, y con razon, que su querido José no resistiria al espectáculo de un inocente niño presentado por la mujer á quien habia jurado *amar eternamente*.

Matilde, con la perspicacia del que ama apasionadamente, reconoció sus pisadas y se estremeció cuando D. José tocó la puerta; su garganta se negó á responder y apenas tuvo fuerzas para abrir la puerta.

Don José se adelantó, pero al reconocer á Matilde se detuvo.

Esta, cuyo candor le habia impedido ver la verdad, que habia atribuido el silencio guardado por su amante á todo menos á veleidad, creyó que su sorpresa provenia de pena al ver en el rostro de ella las señales de los sufrimientos. Juzgaba el corazon de José por el suyo.

Se adelantó hácia el diciéndole :

— ¡Sí! te sorprende mi palidez! ¡He sufrido mucho! pero de hoy en adelante cesarán mis penas, porque te vuelvo á encontrar y nuestro hijo....

— Señora, interrumpió José con dureza, yo nada tengo que ver con Vd.

— ¡Como! ¿tan cambiada estoy que no me conoces?

— En efecto, dijo José, no conozco á Vd. porque hay una grande diferencia entre la hija inocente y la parricida!

— ¡Yo la parricida!

— Sí, señora, y yo no puedo menos de aconsejar á Vd. que se retire á llorar su crimen á donde nadie la conozca.

— ¡Dios mio! exclamó Matilde, con que tú tambien me abandonas!

— Yo no he abandonado á Vd.; Vd. es la que, olvidando sus buenos principios, ha puesto una barrera insuperable entre nosotros.

— Pero este niño....

— Nada tengo que ver con él.

Matilde sintió en ese momento levantarse dentro de su corazón el orgullo de su raza. Su amor, ho-

llado con tal infamia, se cambió súbitamente en una rabia reconcentrada. Tomó en sus brazos á Rafael, y estrechándolo contra su corazón : « Aquí tienes, le dijo, todo cuanto puedes esperar de tu padre; te desconoce, pero tu madre seguirá siendo tu único apoyo como hasta hoy; » y dirigiéndose en seguida á D. José, que comenzaba á fluctuar entre los impulsos de la naturaleza que lo impelían á devolver á aquella pobre mujer la honra y la felicidad que le habia arrancado él y el temor de echarse una carga; Matilde, decimos, con un aspecto de dignidad en que pudiera adivinarse algo de altanería : « Caballero, dijo á D. José, la presencia de Vd. ya no es necesaria. »

Estas palabras volvieron á este su natural egoismo, apagando los vislumbres de ternura que habian comenzado á germinar en su alma.

Tomó su sombrero, hizo una cortesía con una sonrisa sardónica y salió.

Matilde permaneció por un instante muda, pálida, con los ojos enjutos durante dos minutos; al cabo de este espacio, la debilidad, la debilidad femenil hizo su reaccion. Sintió que las piernas se le doblaban, que iba á caer.

Entonces se acercó á su pobre lecho, colocó en él á su amado Rafael y cayó á su lado anegado su rostro en un mar de lágrimas.

Sabino habia salido á traer algunas cosas para la comida; confiado como Matilde en que José cumpliría su deber, dilató su vuelta.

Al llegar se detuvo, y un sudor frio bañó su cuerpo al oír los sollozos de Matilde. El amor que profesaba á esta era tal, que llegaba hasta sacrificarse entregándola á su rival. La impresion que experimentaba al oír la llorar era indefinible. Abrió la puerta. Al verla recostada en la dolorosa situacion en que la dejamos, adivinó lo que habia pasado. Un rayo de alegría brilló en su mirada; pero se apagó inmediatamente para dar lugar á la mas profunda piedad. Permaneció de pié junto á ella sin osar hablarla para no interrumpir su dolorosa expansion. Matilde lloró abandonándose á la desesperacion. Al cabo de un gran rato un genido de Rafael la volvió en su acuerdo.

Lo tomó en sus brazos y olvidó su pena para acudir al llamamiento de su hijo.

Dios en su sabiduría inmensa ha sabido compensar los grandes dolores.

Matilde pensó que aun le quedaba un ser á quien amar. Este pensamiento dulcificó sus amarguras. Llenó de caricias á aquel hijo que tan caro le habia costado. Solo entonces se atrevió Sabino á darla á conocer su presencia.

Fingió que tosia. Matilde fijó su mirada en Sabino. En ese instante se agolparon á su mente los recuerdos de su pasado dichoso: la adhesion de aquel negro, que en la infancia la distraia complaciendo sus caprichos de niña; la generosidad con que habia olvidado el arrebató que habia causado su despedida ignominiosa por D. Rufo, y la decision con que habia sostenido á su ama desvalida desde el instante en que se encontró sin apoyo.

— Sabino, le dijo Matilde, ya todo ha concluido; solo cuento contigo para que no perezca mi Rafael.

— Conmigo no, con Dios sí, contestó Sabino.

— Bien, pero tú eres...

— El medio de que su omnipotencia se vale y nada mas. ¿Con que ese hombre ha renegado de su hijo? ¡Tanto peor para él! Dios es justo!

— ¿Qué haremos, Sabino?

— Esta noche lo diré á Vd. : es preciso reflexionar antes de decidir, pero no hay que desconfiar.

Y salió del cuarto. Pero Matilde, cuya constitucion delicada habia recibido tantos golpes, no pudo ya soportar este último.

Tres dias despues, Rafael no tenia madre.

Sabino gastó hasta el último centavo para salvar á Matilde, pero la Providencia habia dispuesto que terminase sus penas y con la resignacion de un ángel exhaló el último suspiro.

Sabino entregó á Rafael á una mujer que impuesta por él de la situacion de Matilde se encargó de hacer con él los oficios de una madre. Cumplidos los últimos deberes con aquella mujer tan amada para Sabino, fijó su atencion en el huérfano. Veia en Rafael el medio que le serviria, segun su juicio, para ejercer un acto de justicia. Resolvió cuidar á toda costa de ese niño.

La suerte favoreció sus miras, durante un año lo sostuvo con su trabajo; al cabo de este tiempo adoptó la ocupacion de mercero, compró una pacota con la que emprendió viajes á las cercanías

de la ciudad, logrando por este medio formar un capital, aunque pequeño.

Con una fe ciega en la Providencia, que, segun él, lo hacia el instrumento de su justicia, sacrificó diez pesos para comprar un billete, y como si en efecto hubiera sido una inspiracion del cielo, el premio mayor de sesenta mil pesos recayó en el número que habia elegido.

Superadas, aunque con algun trabajo, las dificultades que generalmente se presentan á los pobres para obtener el pago, colocó la suma intacta en varias casas de comercio de Veracruz en nombre de Rafael.

Abandonando su anterior ocupacion, despues de colocar á su hijo adoptivo en uno de los mejores colegios, se entregó con increíble ardor á estudiar, porque creyó que esto era necesario para llevar á cabo sus proyectos.

Jamás desde entonces volvió á presentarse á Rafael para evitar una explicacion sobre su origen.

Transformado en poco tiempo en virtud de un milagro de su fuerza de voluntad, se presentó de nuevo en el mundo.

Ya no era el rudo cargador del muelle, ya no el potente carretero cuyas férreas manos alzaban con facilidad las mas pesadas ruedas de los carros detenidos en el fango, ya no el empolvado mercero cuya charla subia de valor la multitud de baratijas que llevaba en su aparador portátil.

De todo esto solo le quedaba su atezado color.

La finura, la delicadeza, el aseo, la civilidad mas intachable habían sustituido sus anteriores propensiones.

Colocóse en la tesorería general, donde podia estar en contacto con personas que mas tarde esperaba le servirian para sus fines.

Sin escasear á su hijo adoptivo los recursos, lo mantenía en una decente mediocridad, dirigiéndolo por medio de una correspondencia tan cariñosa como no interrumpida.

La buena eleccion de directores y la índole dócil de Rafael produjeron en este frutos opimos, como hemos visto.

Como verá el lector mas tarde, dos eran los fines de Sabino al mantener en las sombras

del misterio la proteccion que dispensaba á Rafael.

Conocidos ya los antecedentes de nuestro héroe, volvamos á reanudar la narracion interrumpida.